

Jorge Dezcallar de Mazarredo

OPERACIÓN FALSA BANDERA

Del Kremlin a Tinduf

Aviso a navegantes

Este es un relato de ficción que utiliza un fondo tan real como la guerra de Ucrania y la pugna magrebí por la hegemonía entre Marruecos y Argelia. Pero la trama de la novela es pura ficción, y aunque aparecen algunos personajes reales también es pura imaginación cuanto les hago decir o hacer, que son cosas que con seguridad nunca se les pasaron por la cabeza. Les pido disculpas.

1

El Kremlin

El ambiente era frío en Moscú a pesar de que ya debía comenzar la primavera, y aún más gélido en aquel salón del Kremlin de techos altos y paredes de blanco mármol con dorados de otras épocas que hubieran hecho las delicias del decorador de Donald Trump. Distribuidas en un amplio semicírculo, había siete sillas bastante separadas entre sí en torno a otra, más alejada y equidistante de todas ellas, situada ante una mesa sobre un estrado que se alzaba un metro sobre el suelo, que también era de mármol. No mucho, pero lo suficiente para que quien lo ocupara mirase de arriba abajo al grupo de personas, todos hombres, de uniforme unos y de paisano otros, que esperaban encogidos sobre sus asientos sin apenas alzar la voz en las escasas palabras que intercambiaban en un vano intento de aliviar la tensa espera.

Esos susurros cesaron de improviso cuando dos militares en un uniforme de gala que podría haber visto los combates de Borodino que narrara León Tolstói abrieron sin preaviso las dos hojas de una altísima puerta, dando paso al dictador de Rusia que, con la cabeza baja y ligeramente ladeada hacia la izquierda, se dirigió, con paso elástico y sin saludar o mirar a nadie, hacia el podio que le había sido dispuesto. Allí, con un manotazo impaciente, apartó unos folios que le habían sido preparados por su jefe de gabinete

y sin saludos ni protocolos se dirigió a los asistentes que se encogieron aún más en sus sillas.

—Ministro —se limitó a decir con voz fría y autoritaria, mirando al titular de Asuntos Exteriores.

El aludido se levantó y con el andar pesado que le daba su constitución y la incomodidad que sentía, a pesar de ser, con su colega de Defensa, el único en aquel salón cuya experiencia y relación personal con el presidente le hacían estar más tranquilo, se dirigió al atril que estaba colocado delante del podio, hacia el que debía alzar la mirada. «Esto —pensó— más que una reunión de estrategia parece un juicio inquisitorial a la antigua usanza, y es que hay cosas en Rusia que nunca cambian». El presidente, con más músculo que estatura, odiaba a la gente alta y gustaba despachar con sus subordinados desde la ventaja de los veinte centímetros que le daba el podio. Añorante del pasado imperial de Rusia prolongado por la Unión Soviética y narcisísticamente imbuido de su grandeza personal, le gustaban las puestas en escena grandiosas que resaltarán su importancia, y eso también lo demostraba al recibir a líderes extranjeros sentado ante una mesa absurdamente larga que tenía más de distanciamiento zarista que de precaución ante la pandemia, como pretendían algunos periodistas desconocedores del alma rusa y, muy en particular, de *aquella* alma rusa.

El ministro de Exteriores sacó unos papeles de su portafolios, pero Putin le paró con un gesto de la mano.

—Déjese de papeles, que esos los puedo leer cuando quiera, y vaya directo al grano —le ordenó con sequedad.

—Señor presidente, no estamos tan solos como pretenden los medios occidentales, pues son muchos los países que no condenan nuestra «Operación Militar Especial» en Ucrania ni se han incorporado al régimen de sanciones que nos han impuesto los norteamericanos y sus lacayos europeos, sanciones que son más ruidosas que efectivas y que acabarán como un bumerán haciéndoles más daño a ellos que a nosotros a medida que avancemos en la utilización del petróleo, y sobre todo del gas, como arma de com-

bate. Países como China, India, Brasil, Sudáfrica... hasta Arabia Saudita no han votado en nuestra contra, no nos han condenado. El mismo Israel, aliado de los Estados Unidos donde los haya, tampoco se ha atrevido a hacerlo, no quiere enojarnos porque nos necesita para que en Siria controlemos a Bachar al-Assad y a sus aliados iraníes y de Hezbolá. Hasta Marruecos se ausentó de la última votación en el Consejo de Derechos Humanos para no tener que significarse..., y eso que hace apenas un año que Trump le ha «regalado» lo que más podía desear Mohamed VI, el reconocimiento de su soberanía sobre el Sahara Occidental a cambio de establecer relaciones diplomáticas con Israel. Y podría citar a muchos otros. Mi conclusión, señor presidente, es que aguantaremos el envite de las sanciones, que no estamos tan aislados como pretende la prensa occidental, ni mucho menos, que pronto quebraremos la pretendida cohesión trasatlántica, pues en ello trabajamos insistentemente, y que saldremos airosos, a pesar de que las cosas en el campo de batalla se nos hayan complicado inicialmente algo más de lo esperado —concluyó mientras dirigió una fugaz mirada a su colega de Defensa, que se revolvió inquieto en la silla, sin duda pensando con rabia que a nadie le faltan fuerzas para soportar los males ajenos. Terminada su intervención y sin preguntas por parte del presidente, esperó a que este le hiciera un gesto con la cabeza para regresar a su asiento con el mismo andar pesado que había utilizado antes.

—General —fue la breve invitación que Putin dirigió al ministro de Defensa. Chaparro, ancho de hombros y con la pechera de la casaca cargada de cintas de colores que indicaban otras tantas condecoraciones, el militar se encaminó hacia el micrófono con una insospechada agilidad para su sólida constitución.

—Señor presidente, el recibimiento que han hecho los ucranianos a nuestros heroicos soldados no ha sido el que esperábamos. —Y al decirlo miró significativamente de reojo al director del servicio de inteligencia militar, GRU, que desde su silla daba la impresión de concentrar toda su atención en el suelo que le pare-

cía abrirse delante de él como una sima sin fondo—. Los ucranianos están armados por los americanos que también les dan inteligencia vital sobre nuestros movimientos y eso les ha permitido bloquear nuestro avance sobre Kiev. Y, como todos sabemos, Zelenski, ese mal actor filonazi convertido en marioneta de Washington, no ha huido como se esperaba. —Otra mirada al director del GRU, que ahora ya se retorció las manos desesperadamente porque pensar en el dolor es ya comenzar a sufrirlo—. Y ha impedido colocar en su lugar a alguien afín, como habíamos planeado... Pero nuestra determinación y nuestra superioridad aplastante no tardarán en imponerse y nos darán la victoria, porque nuestros enemigos occidentales pronto se convencerán de la futilidad de luchar contra nosotros hasta el último soldado ucraniano y el último dólar que les llegue. Pronto acabaremos con su resistencia, porque es artificial y no se mantendría sin la masiva ayuda que reciben. Lo que ahora necesitamos es concentrar más nuestro esfuerzo y resolver algunos pequeños problemas de logística que pronto serán superados.

Nadie quería dar malas noticias sobre una operación que no iba ni de lejos como habían supuesto, pero que había sido decidida personalmente por aquel hombre de rasgos marcadamente eslavos que les miraba con ojos fríos y que, rodeado de sicofantes, no había escuchado las tímidas voces de los que le desaconsejaron invadir Ucrania. Putin ignoraba la sabia advertencia de Pitágoras de que la duda es el principio de la sabiduría porque, a fin de cuentas, quien no duda no reflexiona, pero nadie allí se atrevía a mencionar al elefante en el centro del salón que era el causante último de todos los problemas para los que ahora se buscaban soluciones. Terminada su intervención, escuchada en silencio por el presidente, que tampoco le hizo preguntas, hizo chocar los tacones de sus botas y sin esperar permiso se retiró. Lo de ser amigo de toda la vida y compartir con el presidente algunos fines de semana en su dacha cercana a Moscú le hacía sentir que podía permitirse ciertas libertades.

Sin apenas esperar a que el ministro de Defensa regresase a su incómoda silla, la voz del presidente se oyó de nuevo fría, cortante y distante a la vez:

—Director —se limitó a silabear como una serpiente mientras fijaba en el jefe del servicio militar de inteligencia, GRU, una mirada tan gélida como el mismo hielo de las estalactitas que todavía colgaban de muchos voladizos en la ciudad.

Putin podía enojarse y gritar, incluso perder la compostura al hacerlo, como la vez que arrojó un pisapapeles a la cabeza de un desafortunado colaborador, pero los allí reunidos sabían bien que era cuando hablaba en voz baja cuando más peligro había. Y eso infundía miedo por la sencilla razón de que uno no puede evitar padecer por anticipado aquello que teme.

Yuri Vladímirovich Mazov, director del GRU, acrónimo de la Dirección Principal del Estado Mayor, como era el nombre oficial del servicio de inteligencia militar, tenía, a pesar del frío, las manos enrojecidas de tanto apretarlas y retorcerlas nerviosamente a la espera de este temido momento. No tenía la culpa de nada, su servicio había advertido de la animosidad de los ucranianos, de su sentido nacional y de su espíritu de lucha. De las armas, entrenamiento e inteligencia que recibían y que más que previsiblemente continuarían recibiendo de los americanos y europeos en el futuro. Había dicho que meterse a las bravas en Ucrania era un disparate y que los soldados rusos serían recibidos con todo menos con flores. Que no podía uno intentar dominar con ciento ochenta mil soldados un país de cuarenta y cuatro millones de habitantes... Había advertido de todo eso, pero nadie quería ahora recordarlo, porque eso significaba echar directamente la culpa a quien les había metido personalmente en el embrollo que ahora tenían que enfrentar. Por eso, porque nadie quería suicidarse, nadie le había hecho caso o, peor aún, a lo mejor nadie había leído sus informes o quería recordar lo que en ellos había leído, y ahora, cuando la situación le daba la razón y todo salía como había anticipado, le culpaban de lo ocurrido, le iban a utilizar como un fusi-

ble para salvar el culo de otros más poderosos que no querían reconocer sus errores y dejar sus poltronas.

Era una historia que siempre se repetía. Estaba bien jodido y no le consolaba pensar que también en otros países despiden a los jefes de Inteligencia cuando las cosas no salen como los de arriba desean y entonces quieren pretender que las desconocían y que no habían sido debidamente informados. Lo de siempre, lo que haga falta para desviar culpas propias sobre una cabeza ajena que las atraiga como un pararrayos. Y no es que a él le fueran a despedir, sino que además iría directo a prisión o a una colonia de rehabilitación en Siberia de donde, con toda probabilidad, no saldría vivo, por no decir que en la mejor de las hipótesis nunca más encontraría otro trabajo y su mujer e hijos perderían los suyos. Adiós a toda posibilidad de entrar en el círculo de exagentes que rodean al presidente y que se han enriquecido odiosamente a expensas del sufrido pueblo ruso. Era mucho peor, en el mejor de los casos sería un proscrito, estaría acabado y su familia también con él. Por eso, temblar era lo menos que se le podía exigir en aquella tesitura sin que le sirviera de consuelo la recomendación de Dostoyevski, que sin duda allí todos conocían, de que enfrentar la desgracia requiere corazones fuertes.

Agobiado por estos pensamientos avanzó con los hombros hundidos y el paso fatigado —porque le temblaban las rodillas— hasta el micrófono y balbució:

—Señor presidente, la anexión de las provincias de Donetsk y Lugansk es...

—Nadie ha hablado de anexionar nada —le cortó como un cuchillo la voz presidencial—, vamos a liberar esas provincias, ¿me entiende, director? A LI-BE-RAR y no anexionar, a ver si nos enteramos de una vez.

Cervantes hubiera dicho que «a los afligidos no se les ha de añadir aflicción», pero Putin ni conocía este sentimiento bienintencionado ni, de conocerlo, lo hubiera compartido. Le gustaba ser temido. Si antes estaba nervioso, el director estaba ahora hecho un flan.

—Por supuesto, señor presidente, es lo que quise decir...

—Director —el presidente no le dejó continuar—, los occidentales nos están tocando mucho las narices con tantas armas para nuestros enemigos y con tantas sanciones contra nosotros, y se equivocan y mucho si piensan que me voy a quedar con los brazos cruzados. Búsqueme una manera de hacerles cosquillas en su retaguardia sin que se vea nuestra mano. Le doy una tarea y le doy también una semana para desarrollarla. Más le vale pensar en algo útil durante esos siete días. Vuelva a verme entonces y procure no venir de vacío. Y ahora, retírese.

El director del GRU, uno de los hombres más poderosos de la Federación Rusa, no lo parecía mientras regresaba, abatido y humillado, hacia su silla, y a su alrededor continuaba una reunión que no oía, pues ya carecía de importancia para él. Se sentía solo y, peor aún, se sentía tratado con injusticia e impotente ante ella. Su cabeza, confusa, se daba sin embargo cuenta de que aún se podía salvar si era capaz de imaginar un plan que al menos pareciera eficaz y factible. Todavía había un rayo de esperanza. Necesitaba una idea, una idea buena y sabía que, aunque no fuera fácil encontrarla, él lo haría. Solo tenía una semana para hacerlo. Cuando el hambre aprieta, la mente se agudiza y en ese momento conviene seguir el consejo que ya dio Tito Livio hace dos mil años: «Cuando la situación es adversa y la esperanza poca, las determinaciones fuertes son las más seguras».

Mazov tenía una idea muy vaga de quién podía ser Tito Livio, en aquel momento era lo que menos le importaba, y con certeza no conocía su sabia recomendación, pero, en todo caso, llegaba a la misma conclusión porque estaba personalmente convencido de que es en las situaciones difíciles cuando se muestra el temple de un hombre que es capaz de mantener la cabeza fría y optar por una salida, por más que parezca e, incluso, que sea arriesgada. Mejor todavía si es arriesgada y atrevida, porque, si un problema no tiene solución, deja de ser un problema y ya no vale la pena seguir atormentándose con él, pues es inútil temer lo que no se puede evitar. Y, además, él no se lo merecía.

Y fue en ese momento, todavía sentado en aquella silla de tortura y mientras la reunión continuaba a su alrededor, cuando la anterior referencia al Sahara del ministro de Asuntos Exteriores le trajo a la mente como en un flash los Acuerdos de Abraham, un innegable éxito personal un año antes del entonces presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, que ponían fin al aislamiento de Israel en Oriente Medio, donde solo era reconocido por Egipto y Jordania, a la vez que dejaban a los palestinos a los pies de los caballos al terminar con el derecho de veto que de hecho tenían sobre la normalización de relaciones diplomáticas entre árabes e israelíes. Eran unos acuerdos que habían creado una nueva realidad política sobre el terreno, porque era evidente que pronto habría otros países que seguirían a los cuatro que acababan de reconocer a Israel: Baréin, Emiratos Árabes Unidos, Marruecos y Sudán. Era solo cuestión de tiempo.

Allí sentado y mientras continuaba una reunión que ya no escuchaba, a Yuri Mazov no se le iban de la cabeza los Acuerdos de Abraham, pero tampoco sabía por qué se obstinaba en pensar en ellos en aquellos difíciles momentos y qué relación podían tener con su actual predicamento. Intentaba alejarlos de su mente, pero regresaban sin que pudiera evitarlo, hasta que, de pronto, tuvo como una epifanía. Él, que hacía gala de agnosticismo, se vio como el apóstol Pablo al caer de su caballo cerca de Damasco, le pareció tener una especie de revelación particular al estilo de la del monte Tabor que cuentan los Evangelios y entonces lo vio claro como el día: la solución a sus problemas podía estar en África del Norte, todavía no sabía muy bien cómo, pero la idea fue ganando fuerza y no pudo evitar que se le escapara una media sonrisa que inmediatamente suprimió. Aquel no era el lugar adecuado para sonreír.

La casa pintada de color naranja

Marrakech

Pablo Velasco desempeñaba el puesto de canciller en el consulado de cuya titularidad él acaba de tomar posesión como cónsul general de España, y, a las seis y media de la tarde, con puntualidad perfecta, pasó por su casa para recogerle. Jaume apenas lo había tratado, aunque había oído hablar bien de él y sabía que era algunos años mayor, que era conocido de amigos. «Ya verás, buena compañía y magnífico cicerone», le habían dicho antes de emprender viaje, un hombre que llevaba ya varios años en Marrakech, ciudad que conocía por arriba y por abajo y cuyas maravillas no paraba de elogiar, que hablaba casi como un nativo el dariya, la versión coloquial marroquí del árabe clásico, que es el que los ciudadanos oyen en las series egipcias de televisión y que con frecuencia comprenden solo a medias.

Jaume Nadal era diplomático de carrera, mallorquín con treinta y muchos años, *«on the wrong side of thirty»*, como él decía, de cara simpática, cabello castaño, mediana estatura, y también dotado de una incipiente barriga y entradas que anunciaban una calvicie prematura que eran cosas que se esforzaba en ocultar. Todo en él mostraba un carácter ligero, alegre y despreocupado, típico de quien disfrutaba de una cierta holgura económica tras haber heredado de su madrina, una tía soltera que

siempre le había distinguido con su preferencia, una cantidad suficiente para evitarle preocupaciones y no lo bastante grande como para dárselas. Le gustaba su profesión y acababa de llegar a Marruecos después de otros destinos en las embajadas de Abiyán, donde se destetó en el oficio, y de París, donde se había aburrido lo que uno puede aburrirse profesionalmente cuando se es el último mono de la embajada mientras disfrutaba de todo lo que la capital de Francia le ofrecía, que es mucho, y pulía algo más un francés que ya hablaba a la perfección. Ir de París a Marrakech puede ser considerado un descenso para los que no conocen los entresijos del servicio diplomático español, que sus miembros llaman «la carrera», como si no hubiera ninguna otra en el mundo. Pero Jaume no ocultaba su satisfacción por su nuevo destino donde iba a ser el jefe, lejos del embajador que reside en Rabat, en lugar del chico de los recados que casi había sido en la superpoblada embajada en Francia.

Por vez primera estaba al frente de una oficina consular en un país tan interesante como Marruecos y en una ciudad tan fascinante como Marrakech, la ciudad roja, la bereber, la ciudad señoreada durante siglos por la alegría de vivir y el temor a la muerte de quienes atravesaban el desierto para ir a Tombuctú, o regresaban de allí cargados con los productos que exigía el comercio de cada época: telas y sal, oro y esclavos, drogas y migrantes... lo que hiciera falta. Antes en largas caravanas de camellos y ahora en potentes Toyota Land Cruisers, que por eso se robaban tanto en Europa y se venden por aquellas tierras a precio de oro. En Marrakech se reunían los que iban a enfrentar la muerte en una extenuante y peligrosa travesía y los que venían de vencerla y todos coincidían en buscar diversión. Como la querían también los millares de turistas que la visitaban cada año deslumbrados por su belleza y exotismo, y cuya permanente necesidad de ayuda justificaba la existencia del consulado, pues es infinita la cantidad de problemas en los que se pueden meter y de hecho se meten los turistas a diario. Marrakech, la ciudad bere-

ber de la alegría de vivir, es en Marruecos la antítesis de Fez, árabe, religiosa, introvertida y cerrada sobre sí misma.

Jaume se había instalado al llegar, hacía muy pocos días, en una casa sencilla con un jardín discreto y una fuente cantarina en la zona de la antigua medina, una vivienda con mucha personalidad y sabor local después de descartar los pisos del barrio europeo de Gueliz, sin carácter y similares a los que puede uno encontrar en cualquier otro lugar, ya que quería sumergirse en el ambiente local y todavía estaba impresionado por el color, los olores, ruidos y sabores que le habían recibido en un mundo único en su sensualidad, pues entra literalmente por los sentidos. Recordaba a aquel amigo parisino que con un mohín de disgusto le había dicho antes de emprender viaje: *«Tu vas aimer, tu verras, mais d'abord il faut juste que tu t'habitues un peu à la merde»*. Y Jaume descubriría con placer que no solo no le molestaba, sino que «la porquería», como decía su amigo, formaba parte del encanto de la ciudad y por eso la había echado de menos en un viaje años atrás a Singapur. Allí le había faltado algo, y ahora que estaba en Marrakech sabía que era eso, demasiada limpieza y muy poca mierda.

A Pablo, su canciller, le poseía esa ambición típica de quienes tienen que trepar en la vida, era de los que creía con Oscar Wilde que formar parte de la vida social de un lugar es un fastidio, pero que ser excluido de ella es una verdadera tragedia, y estaba empeñado en demostrar a su nuevo jefe su dominio del medio, su alto nivel de relaciones y sus contactos en la ciudad. Por eso le llevaba a una fiesta en casa de Philippe de Coubertin, un expatriado francés, al parecer riquísimo, que residía desde hacía años en un *riad* espectacular, de los de verdad, de los de amplio jardín y no simple patio, y cuyas fiestas tenían fama de ser las mejores de una ciudad cuyos residentes rivalizaban por hacerlas deslumbrantes en un mundo donde coexisten codo con codo la obscenidad de la riqueza insultante y la miseria de los que nada tienen.

Pablo conducía temerariamente, a la marroquí, como hay que hacerlo si uno quiere atravesar algunos cruces especialmente con-

curridos donde convergen vehículos de todo tipo, desde camiones a bicicletas, sin aparente orden ni concierto y acaba imperando la ley del más fuerte.

—Como verás, aquí el tamaño sí que importa —decía Pablo riendo mientras metía el morro de su Land Cruiser para hendir el revoltijo de vehículos que parecían desfogarse haciendo sonar sus cláxones al unísono en indescriptible algarabía. Y mientras lo hacía gesticulaba e increpaba a otros conductores sin parar de hablar—. Verás, es una casa ab-so-lu-ta-men-te increíble, indescriptible incluso. Perteneció hace años a un señor feudal del sur, pero Philippe la reformó entera, de arriba abajo, cuando la compró y el resultado es espectacular. —Pablo no paraba de hablar y continuaba, entusiasmado con lo que describía—: Sus jardines son únicos, ya verás lo cuidados que están, dicen que emplea a una docena de jardineros. Y la pintura, ¡ah, la pintura! No te lo vas a creer cuando lleguemos.

»Y no te dejes engañar por Philippe, su aspecto te parecerá frágil, pero es muy poderoso e influyente, dicen que poco se mueve en esta ciudad sin que lo sepa e, incluso, lo autorice. Y eso que es extranjero. Te puede ayudar mucho en tu trabajo... siempre que te hagas su amigo, porque yo no desearía tenerlo como enemigo.

Jaume casi deseaba llegar para ver si de una vez frenaba la incontenible verborrea de su nuevo subordinado que, a pesar de llevar años viviendo en Marrakech, parecía desconocer el proverbio árabe de que el silencio es el muro que rodea la sabiduría.

Al llegar se encontraron con otro muro, este de adobe ocre que se perdía en la lejanía con una única puerta que por su tamaño sería discreta de no estar ¡pintada de color naranja! a cuyos lados, a modo de jambas humanas, había un par de robustos mozos vestidos con amplios zaragüelles de color también anaranjado, con capas y turbantes blancos, que recibían impasibles a los visitantes. Más tarde, cuando oscureciera, enarbolaban sendas antorchas al final de sus lanzas para alumbrar la entrada. Al atravesar el modesto umbral se desembocaba en una amplia y corta avenida

de tierra rojiza, flanqueada por palmeras cuyas ramas oscilaban levemente con la brisa, que terminaba en una casa cuyas paredes también estaban pintadas de color naranja, con puertas y ventanas en azul añil. Buena parte de la fachada estaba recubierta de buganvillas blancas que contribuían de forma destacada a suavizar el conjunto. El resultado era a la vez recargado y deslumbrante. Como era el dueño, que sin duda desconocía el sabio consejo de Baltasar Gracián de «huir en todo de la demasía», pues todavía sin conocerle le quedaba claro a Jaume que eso no iba con él.

Philippe de Coubertin —en la colonia de expatriados franceses se decía que el «de» era un añadido esnob— era un hombre de unos sesenta y muchos años bien llevados, alto, delgado y obsesionado con el ejercicio físico, pues nadaba a diario, que se les acercó con un suave contoneo cuando los vio llegar. Iba vestido con un caftán amplio y ondulante de color malva con bordados dorados, un par de pulseras y un grueso collar de oro colgándole sobre el pecho que Jaume pensó que debía pesar bastante y no ser muy cómodo. En la muñeca lucía —nunca mejor dicho— un reloj Patek Philippe de complicada mecánica. No se le conocía trabajo alguno, por lo que se suponía que su fortuna venía de familia, aunque a Jaume le pareció que sus gestos tenían algo de artificial e impostado. Los recibió con una amplia sonrisa y con los brazos abiertos. Todo un poco exagerado, allí sobraba dinero y faltaba elegancia, ese refinamiento que en raras ocasiones es adquirido porque lo dan con mayor facilidad siglos de educación a las espaldas.

—Bienvenido a Marrakech, querido cónsul. Pablo me ha hablado mucho de usted y sus amigos son mis amigos. Espero llegar a serlo también suyo. Me alegro mucho de que su agenda le haya permitido venir a pasar la tarde en mi modesta casa con la gente más divertida de esta ciudad, que ya es mucho decir cuando se habla de Marrakech. Pero no se quede ahí, pase y le presentaré a amigos que seguro que le van a gustar. Las ciudades son sus gentes, y en Marrakech hay una fauna humana cosmopolita e interesante como en ningún otro lugar. Venga y verá. O, mejor, le dejo a

Pablo que se ocupe, porque veo que llegan más invitados y debo recibirles. Luego vuelvo con ustedes.

Y sin más, dio media vuelta y se dirigió con un leve contoneo y tintineo de pulseras hacia el paseo de palmeras, por cuyo fondo aparecían varias personas envueltas en ropajes de vivos colores. Jaume miró cómo se alejaba, pensando que realmente es muy estrecho el espacio que a veces hay entre lo sublime y lo ridículo y, sin embargo, su anfitrión de esta noche, aunque estaba cerca no acababa de atravesarlo, antes bien creía notar en él algo extraño e inquietante, como un fondo de crueldad —que es la fuerza de los cobardes— oculto bajo tanto maquillaje y tanta pose. Y entonces recordó a Mark Twain cuando decía que los hombres son como la luna porque tienen una cara oculta que nunca enseñan. Y Philippe le parecía un buen ejemplo.

—Te lo dije —musitó Pablo—. Le sobra esa clase que le falta a mucha gente con dinero.

Se veía que estaba deslumbrado por su anfitrión, un hombre que claramente no entendía la elegancia de la moderación y que, desde luego, desconocía el sabio consejo de que es siempre más fácil añadir lo que falta que quitar lo que sobra, porque en su casa no parecía faltar nada y podía sobrar mucho. Pablo aprovechó para cogerle del brazo y empujarle hacia dentro de la vivienda, junto a cuyo mismo umbral un grupo de tres personas discutía acaloradamente en torno a una fuente que dominaba el centro del salón, tanto por su tamaño como por el murmullo de su agua. Se veía que en aquella casa todo era excesivo, pero había que admitir que con una estudiada desproporción no exenta de gracia que acababa resultando atractiva, como Jaume se veía obligado a reconocer a su pesar. Un jovencísimo criado, casi un niño, vestido con un hábito de color azul hasta los pies y una ancha faja dorada en la cintura les acercó una bandeja con todo tipo de bebidas ya servidas. Ambos se decidieron por el *gin-tonic*.

—Te lo advertí. —La que hablaba en francés con fuerte acento anglosajón era una mujer morena, pero de tez clara y ojos inex-

presivos, casi transparentes, ya en la cincuentena, literalmente cubierta de pulseras, pendientes y collares que tintineaban con cada movimiento que hacía—. Te lo advertí y no me hiciste caso, ahora no te quejes. —Y volviéndose hacia los recién llegados, prosiguió como si los conociera de toda la vida—: Le dije que le robaba y no me quería creer. Y ahora le ha vaciado la casa. Todos nos roban —continuó—, por eso nos aguantan y por eso también nos dejan que nos los follemos, pero todo tiene un límite. Tienes que denunciarlo. —Y luego, como si nada, extendió una mano huesuda y ensortijada hacia los recién llegados, diciendo—: Hola, Pablo, explícale a tu amigo que soy Susanna Collins, pero todos me llaman Susie. Y que me acompañan Jacques Forestier y Horst Schultz, que es este idiota que acaba de dejarse robar por su secretario. Y tú no te quedes ahí parado, preséntanos de una vez. ¿Quién es tu amigo?

Susie le pareció a Jaume de entrada ese tipo de persona que como no piensa lo que dice acaba diciendo lo que piensa.

—Como verás, Susie es muy directa, como buena americana —dijo Pablo riendo, antes de presentar a Jaume, que procuraba ocultar su asombro, pues el alemán iba con los labios y las uñas pintadas de un azul violeta («nada favorecedor», pensó) y envolvía su corpachón descomunal en un amplio caftán también azul con dorados, mientras el francés, vestido con un sencillo pantalón y chaqueta de lino blanco roto y una camisa de color verde lechuga, le estrechaba la mano con más cordialidad de la necesaria—. Horst es dueño de una red de agencias de viaje y harto de viajar se ha instalado entre nosotros, y Jacques... Jacques, nunca me has dicho qué haces para vivir tan bien. Me tienes literalmente muerto de curiosidad —acabó Pablo las rápidas presentaciones—. Os presento al nuevo cónsul general de España, Jaume Nadal. Acaba de aterrizar y no puede caer en mejor compañía —dijo mientras una amplia sonrisa iluminaba su rostro. Que supieran aquellos ríachones que él también tenía contactos.

—¿Nadal? No estará usted emparentado con el tenista, ¿verdad? —Susie era muy directa, y Jaume negó con una sonrisa.

—Pues lo cierto es que no, y bien que lo siento, aunque ambos somos de Mallorca, Nadal no es allí un apellido infrecuente.

Iba a continuar cuando Susie ya se había desinteresado por su historia familiar una vez que el tenista desapareció de su radar, y girándose hacia Jacques, que a su vez no quitaba ojo a Jaume, prosiguió con el tema que trataban antes de la llegada de los dos españoles, el robo sufrido por Horst:

—Primero le pidió dinero para un apartamento donde instalar a su mujer e hijos, porque tú que acabas de llegar —otra vez se volvió hacia Jaume—, supongo que no sabes que los marroquíes son mucho más sofisticados que nosotros y no hacen mundos separados entre la heterosexualidad y la homosexualidad. Horst se acostaba a diario, bueno, o cuando podía —esbozó una sonrisa malévola—, se acostaba con su secretario... sí, aquí les llamamos así —dijo, ante la expresión de asombro del español—, pero luego el secretario se iba a pasar los fines de semana en su casa con su mujer e hijos. Y Horst, que es un santo, primero, le dio dinero para comprar el piso y, luego, aprovechando que tuvo que volver a Alemania hace un par de semanas, su secretario le desvalijó su casa. ¡Todos sus muebles y objetos! ¿Te imaginas? ¡Hasta los libros, ese mocetón que te has buscado —añadió, mirando fijamente a Horst—, y que está muy bueno, pero que con certeza no debe saber leer! Se los habrá llevado para venderlos... ¡Lo tienes que denunciar! —terminó mientras el alemán movía bovinamente la cabeza, sin decir palabra, pero poco o nada convencido con lo que oía. El inconveniente al hacernos mayores, pensaba Jaume mirando a Susie, es que empeoramos porque cada vez nos parecemos más a nosotros mismos.

—Su problema es que está enamorado —intervino, apaciguador, Jacques.

—Pero hay amores que matan y esos es mejor evitarlos —sentenció Pablo—. Horst, piensa que es mejor una verdad amarga que una mentira piadosa, somos tus amigos, tienes que escucharnos por tu bien, recuerda lo que le pasó a Gunther.

Gunther era otro alemán cuyo secretario resultó ser un canalla que primero le robaba, luego se metió en drogas y al final acabó matándole a cuchilladas.

—Uy, sí un horror, lo dejó todo perdido... y eso que Gunther era un santo y no podría decir que no le advertimos. Yo, sin ir más lejos, le dije varias veces que aquel individuo que se había buscado miraba mal, y él no me hizo caso y luego pasó lo que pasó —explicó Susie mientras agarraba a Horst del brazo—. No te lo repetiré. ¡Tienes que dejarlo ya!

—Eso que tú dices, Ahmed nunca lo haría —masculló en voz baja el alemán con los ojos puestos en el suelo. Nada consuela más que saber que en el fondo hemos elegido libremente nuestras desgracias.

Aquella conversación no parecía capaz de dar mucho más de sí, y Jaume se apartó discretamente de ella recordando el viejo refrán español de que siempre conviene ceder el paso a los tontos y a los toros. Y se acercó a una ventana que daba sobre la piscina y la parte trasera del jardín. Fue entonces cuando reparó en un hombre de media estatura, fornido y bronceado, con negro bigote, en la cincuentena, con apariencia más tosca que la mayoría de invitados a la fiesta, vestido con una simple *gandura* de color marrón claro, que deambulaba por entre las plantas solo y sin aparente dirección clara. Le recordó a un camionero que había conocido una noche en el boulevard de Clichy, en París, que era el mismo terreno de caza confeso de un célebre escritor a quien Jaume admiraba mucho y que también se había enamorado de Marrakech.

—¿Y ese quién es? —se volvió para preguntar—. ¿Le conocéis?

Todos se acercaron entonces a la ventana, pero ninguno de los presentes sabía quién era, aunque a ninguno escapó el interés mostrado por el español, y Jacques se atrevió a aventurar:

—No es la primera vez que le veo por aquí, pero nunca he intercambiado una sola palabra con él. Es un amigo de Philippe que asistió a otra cena hace unas semanas, creo recordar que al-

guien comentó que es un militar destinado en el sur, en el Sahara. —Y con mala intención, mientras fijaba los ojos en Jaume, añadió—: En todo caso, parece un hombre poco refinado y sin mayor interés.

—Tampoco yo he cruzado con él una sola palabra —remachó Susie—. Siempre que le he visto deambula solo por los jardines, como hace ahora, ignoro qué hace aquí o qué puede haber visto Philippe en ese patán. No parece nada sociable, aunque, por lo que he oído, debe de ser un hombre con mucho mérito, porque dicen que se ha hecho a sí mismo. Su problema es que se le nota demasiado.

Si Susie se mordiera la lengua se envenenaría y caería redonda al suelo, pensó Jaume.

—Pues he oído decir que viene con cierta frecuencia y que incluso se aloja aquí —añadió Horts, que hasta entonces había permanecido en silencio—, no sé qué tipo de relación puede tener con Philippe, pero me da que algo hay.

Todos le miraron sin ocultar su sorpresa, y Horst sonrió, satisfecho consigo mismo y como pensando: «Estos se creen que no me entero de nada, pero sé más que todos ellos juntos», y es que no solo son tontos los que lo parecen, también lo son la mitad de los que no lo parecen.

Fue en ese momento cuando unos jóvenes, casi niños, vestidos enteramente con ropajes azules y anchas fajas de seda dorada, comenzaron a recorrer el *riad* haciendo sonar campanillas para convocar a los invitados a la cena que tendría lugar en la parte trasera de los jardines, junto a la piscina y las pistas de tenis.